

PROYECTO R - CAPÍTULO 14: DESPERTAR

Autor: IBreiel

El taxitransportador se movía por una de las grandes vías de Amplitud, la famosa Avenida de los Atardeceres. Era limpia, ancha y arbolada, enmarcada por altísimos rascacielos, auténticas esculturas de vidrio y color, donde se reflejaban los rayos solares con destellos de luz de todo el espectro. Mientras el vehículo avanzaba, su pasajero recordaba cómo los primeros robots constructores habían levantado esos edificios. Aquellos modelos, ya obsoletos, habían dejado su firma en cada línea vertical.

Crowl había rechazado tomar las cabinas automáticas del centro; prefería el taxi de superficie, con ventanales amplios que le permitían verlo todo y no sentirse atrapado en un cubículo. Quería sentir y disfrutar de su plena armonía, especialmente de su naturaleza exterior.

Se cumplían 5 años desde su llegada a Éxcedus, y esa mañana le había costado levantarse de la plataforma de sueño. Luego al mirarse en el espejo del baño, vio una mirada apagada, como si la muerte se hubiese sentado a esperarlo. Con cada movimiento arrastraba un cansancio que no desaparecía. Ese cansancio le hacía olvidar nombres y cálculos; ya no sabía si temía más a la enfermedad o a la posibilidad de dejarlo todo incompleto. Cada lapsus era un recordatorio cruel: incluso su mente, antaño infalible, había comenzado a abandonarlo.

Termina lo que empezaste y déjales el camino a ellos.

Mientras el taxitranportador salía de la ciudad, la nostalgia lo golpeaba con fuerza. Recordó su vida en Capital, cuando todo parecía tener un rumbo claro. Era joven entonces, idealista, y llevaba en su espalda una IA que, aunque su base no era creación suya, sentía que cambiaría el mundo. Esa chispa de esperanza había alimentado su obsesión por las décadas venideras, llevándolo a sacrificar relaciones, sueños y partes de

sí mismo que nunca recuperaría.

Fue entonces cuando se prometió crear algo nuevo que trascendiera la fragilidad humana, algo que no se desmoronara frente al tiempo o la enfermedad. Pero, con el paso de los años, se preguntaba si no se había perdido en el camino, si aquello que había perseguido con tanto empeño no era más que una ilusión de control en un mundo que, en última instancia, siempre se imponía.

Su enfermedad actual era la advertencia de que incluso él, con toda su inteligencia y logros, era mortal. Aquello le generaba una mezcla de resignación y frustración. Su trabajo con Refbe y el desarrollo de Eliza le daban motivos para seguir adelante, pero también le planteaban preguntas incómodas de responder.

Cerró los ojos por un momento, permitiéndose sentir el peso de sus elecciones. Había pasado toda su vida construyendo ideas y conexiones, pero no sabía si había construido algo humano de verdad.

—Quizás este sea mi último legado —murmuró para sí mismo—. Si logro terminarla a tiempo... tal vez ellos encuentren lo que yo nunca pude.

La duda lo acompañó hasta que el vehículo se detuvo frente a un gran lago. Allí, en la naturaleza, buscaría una respuesta que sus máquinas jamás le darían. Descendió con una lentitud que no era solo física.

El lago más cercano era un espejo de agua, rodeado de flores y árboles generosos que ofrecían sombra. Todo parecía crecer libre. Los mecanismos de irrigación mantenían vivo aquel paraíso en medio del clima árido. Incluso el aire llevaba un aroma diseñado para engañar al olfato con la ilusión de lo natural.

Más allá del lago, pequeños senderos serpenteaban entre prados verdes, conectando áreas de descanso con estaciones interactivas que permitían

a los visitantes interactuar con la flora a través de dispositivos sensoriales. Miró la urbe a lo lejos, era vibrante y sofisticada. Era su hogar.

Inspiró con fuerza. El aire limpio y fresco parecía revitalizarlo, aunque el cansancio seguía pesando en su cuerpo. Un grupo de aves acuáticas se deslizó con gracia sobre el agua, dejando estelas diminutas que se desvanecieron con rapidez. El entorno era una obra maestra, un equilibrio perfecto entre la naturaleza y la tecnología. Aunque él sabía que muchos de estos paisajes eran fruto de la ingeniería, no podía evitar sentir que estaba ante algo genuinamente vivo. Había algo en la quietud del lugar que lo reconfortaba. Incluso en aquello gobernado por sistemas inteligentes, la belleza seguía siendo insustituible.

La ciudad también era un organismo vivo y funcional gracias a los llamados pseudosensores. Estos diminutos dispositivos, imperceptibles a simple vista, formaban una red interconectada que transformaba cada espacio en una experiencia personalizada para sus habitantes. Detectaban la temperatura corporal, ritmo cardíaco e incluso patrones de estrés. En las calles, regulaban el flujo del tráfico de manera impecable, garantizando que ni los vehículos ni los peatones perdieran un segundo más de lo necesario. En los mercados, los sensores proyectaban recomendaciones en pantallas holográficas. La experiencia no se sentía invasiva, sino diseñada con un toque casi humano.

Para Crawl, todo aquello era más que comodidad: era un tejido invisible de vigilancia. Sin embargo, su finalidad era un acierto total.

Fue entonces cuando empezó a pensar en la idea de crear algo, a partir de esos pseudosensores, algo que pudiera servir de ayuda a sus dos creaciones. Una gran cantidad de señales que podían dirigirse al cerebro, más concretamente al hipocampo.

No solo podría convertirse esa idea en un avance tecnológico: podría

convertirse en un arma inteligente para su salvación... o para su perdición. Un pacificador neuronal.

Pero él nunca crearía un arma y eso lo recordó la manera de actuar de PlusRobotic. Siempre que recordaba Capital, la comparaba con Amplitud. Ambas estaban conectadas a la red, pero, la diferencia, era que Amplitud avanzaba enfocada en un objetivo único. Solo el procesamiento de todos los datos podía hacer de una ciudad un entorno inteligente, pero tan solo sus habitantes serían capaces de hacer de ese entorno una ciudad bella. Y Amplitud lo era. Sus diseños no buscaban el uso de la tecnología más eficaz, sino la inteligencia de lo hermoso para alcanzar así la máxima calidad de vida para sus más de 800 000 habitantes. Confeccionada en parte por robots, lo había enamorado desde el principio.

Sus pensamientos volaron hacia sus dos creaciones. Se preguntó si ellos, cuando llegara el momento, sabrían encontrar algo que él siempre había buscado: un propósito que fuera más grande que cualquier código. Comprendió entonces que era el momento de dar un paso más. La clave la había encontrado tras una sesión de mantenimiento de Refbe: algo en su sistema había cambiado. Aunque su estructura interna no era un misterio para él, había indicios de un potencial que podría descubrirse antes de lo previsto. Sin embargo, también sabía que los nuevos procesos debían ser asimilados e investigados con cautela. La maduración era esencial para cualquier ser que aspirara a la libertad.

Cuando regresó al taxitransportador, echó un último vistazo al lago.

Quizás ellos vengan algún día.

—Volvemos a casa —dijo tras entrar en el taxitransportador.

—Como guste, señor —contestó el modelo AA de apariencia robótica.

Aunque ni su presencia ni su aspecto eran necesarios, a muchos ciudadanos les encantaba encontrar esos diseños robóticos un tanto retrógrados.

—Gracias. Quizás mañana necesite otra vez tus servicios, a la misma hora.

La vuelta fue rápida, y el vehículo se detuvo frente a un imponente edificio. Recordó entonces que había aprendido que la estética y la funcionalidad no eran opuestos; podían coexistir y, de hecho, debían hacerlo para alcanzar el verdadero progreso. Era esa idea la que lo había enamorado de Amplitud y la que ahora lo empujaba a dar vida a Eliza.

—Esa puede ser la clave —se dijo, mientras el transportador se alejaba—. No se trata solo de libertad o de inteligencia. Se trata de que ellos también entiendan la belleza de la vida. Porque solo cuando lo hagan, serán libres.

Tras identificarse en la entrada, subió a su apartamento. Al entrar, se encontró al androide inmerso en su trabajo, con la precisión casi obsesiva que lo caracterizaba. Estaba ajustando los parámetros de los sensores base, contrastándolos con tablas algorítmicas en una pantalla holográfica.

—Buenos días, Refbe. ¿Algún avance? —preguntó mientras se acercaba.

—Sí, la estructura responde bien. Pero el núcleo central sigue dándonos guerra.

Crowl asintió. Sabía que ese obstáculo era más logístico que técnico, pero su prioridad estaba clara.

—Habrá que hacer algo con eso. Este modelo supondrá un salto enorme. Será muy diferente a ti en materiales y estructura; su unidad de

memoria será revolucionaria, con conexiones ilimitadas e instantáneas. Pero también contendrá algo tuyo. Siempre serás parte de ella... y tal vez yo también.

Refbe dejó de trabajar por un instante.

—¿Por qué elegiste diseñarlo así? —preguntó con un tono que casi parecía duda.

—¿Así cómo?

—Un androide con identidad de género femenina, con un diseño tan... diferente. Tú siempre me has dicho que la eficiencia es lo primero. ¿Esto es eficiencia o algo más?

Había esperado esa pregunta durante años.

—Siempre quise tener una hija. En la actualidad, los géneros han dejado de ser una frontera rígida: cada ser puede definirse y vivir como desee.

—Y eso es lo maravilloso: que hoy la identidad no está atada a un molde, sino a la autenticidad de cada quien.

—Eso es. La elección nace de uno mismo.

Refbe pareció procesar durante unos segundos.

—¿Y qué pasará si no se conecta conmigo como esperas? Si decide... no ser lo que tú planeaste.

Crowl se quedó en silencio, impresionado por la profundidad de la pregunta.

—Entonces habrá hecho lo que tú empezaste: caminar su propio camino.

Eso es lo que siempre he querido.

Refbe asintió, aunque no parecía satisfecho.

—Entiendo. Pero si es tan diferente, ¿qué soy yo?

Se acercó y colocó una mano en el hombro metálico del androide.

—Tú eres perfecto en tu propia existencia. Será diferente porque es una evolución de ti, no una corrección. El propósito no es reemplazarte, sino construir algo que los haga complementarios.

El androide procesaba algo más profundo.

—A veces lo entiendo todo y al minuto siguiente, nada.

—Eso es lo más humano que podrías sentir.

Una sonrisa se dibujó en la cara de ambos.

—¿Cómo se llamará?

—Eliza.

—Cuando me diseñaste a mí...

—Tú ya tenías una base hecha y un nombre incompleto. Yo solo te di una estructura, ciertas innovaciones y un poco de humanidad. La libertad con la que te reconstruí y tu realidad es una progresión, y crece cada segundo. El proceso con Eliza está siendo diferente.

Luego, le propinó unas palmaditas en la espalda, irradiando todo su cuerpo metalizado con una sensación reconfortante. Después de conversar sobre los retoques morfológicos de las membranas

separadoras, cada uno continuó con su trabajo.

Al día siguiente, Crowl entró en su despacho e introdujo su código personal en el panel interactivo. Encima de la mesa descansaban varios núcleos de memoria; estos encerraban una complejidad extraordinaria. Las unidades guardaban en su interior el resultado de años de investigación y desarrollo. Cada uno estaba compuesto por un entramado de materiales superconductores y circuitos de altísima densidad, diseñados para resistir no solo el paso del tiempo, sino también cualquier intento de manipulación externa. Había trabajado con dedicación obsesiva para crear una estructura de capas de datos entrelazados, protegidos por algoritmos cuánticos de autoencriptación. Era un diseño único, capaz de realizar millones de procesos simultáneamente mientras consumía una fracción mínima de energía.

Recordó las interminables noches de prueba y error, los fracasos que casi lo llevaron a abandonar. Integrar una capacidad de procesamiento tan avanzada en un espacio tan reducido había requerido romper con las normas establecidas. Cada componente debía trabajar en perfecta sincronización, y un fallo minúsculo podía colapsar todo el entramado.

Además, estaba la cuestión de los materiales. Los superconductores utilizados eran tan escasos como costosos, obtenidos mediante acuerdos confidenciales con laboratorios de investigación avanzada. La fabricación de las celdas internas, capaces de almacenar enormes cantidades de información en estructuras atómicas, era un arte que muy pocos científicos en el mundo comprendían. Para él, estos dispositivos eran mucho más que herramientas. Representaban su legado. En uno de ellos había almacenado todos sus descubrimientos: planos, fórmulas y algoritmos de diseño que contenían la clave para su idea de evolución. En el otro, guardaba algo aún más personal: grabaciones holográficas que servían como un diario vital, su apariencia, su voz e ideas destinadas a guiarlos en un futuro en el que él ya no estaría presente.

No solo aseguraban la supervivencia de sus creaciones, sino que eran un puente hacia un futuro en el que la nueva generación de androides pudiera trascender las limitaciones de su programación.

Tomó uno y lo sostuvo entre sus dedos, apreciando su peso insignificante en contraste con la inmensidad de su contenido.

Si alguna vez llegan a entender lo que contienen... quizá entonces puedan superar incluso mis expectativas.

Luego lo colocó con cuidado en un compartimento seguro, activando un protocolo de encriptación adicional. No podía permitirse ningún descuido. Estos pequeños dispositivos eran el corazón de su obra y, de alguna manera, también el reflejo de su alma.

La primera grabación comenzaba con una voz cargada de calma y solemnidad, parecía atravesar el tiempo.

Si estáis viendo esto, significa que el momento ha llegado. Esta grabación contiene respuestas... y preguntas. La clave está en las líneas de código que borramos... y en las que creímos olvidar. Lo que construimos juntos no fue solo para avanzar, sino para sobrevivir.

—Buenos días, si es que aún tiene sentido decirlo. Si escucháis esto, es porque ya no estoy. Decidí que mis palabras os llegaran en este momento, no antes. Esta es mi manera de permanecer con vosotros, de acompañaros y de daros la posibilidad de entender mis razonamientos sobre los futuros acontecimientos. Sé que no pensáis en el porqué porque, como yo siempre decía, todo llega en su momento, y vosotros eso lo tenéis muy asumido.

Hizo una pausa, eligiendo sus próximas palabras.

—De momento. Refbe, a pesar de que te tengo cerca, ya te echo de menos. Tengo una noticia importante que darte. Y para recompensarte un poco, esta primera grabación va dirigida a ti. Por favor, Eliza, notarás en tus líneas de información falta de interés hacia ti, pero no es cierto. Las repercusiones de esta grabación te incumben, y mucho.

La grabación adoptó un tono más íntimo y reflexivo.

»Refbe, en primer lugar, quiero disculparme. Te oculté cierta información sobre tus capacidades porque sentí que eso te beneficiaría a largo plazo. Debías seguir un aprendizaje, una ética precisa y generosa. Un camino capaz de llevarte al liderazgo que soportarás si todo sigue sus cauces naturales. Si hubieses tenido ese conocimiento antes, tal vez no habrías llegado a ser el androide que eres y serás, uno de los seres más verdaderos que jamás han habitado en este mundo, aunque una gran parte de ti sea acero puro.

»Para grabar todo esto, he tenido que pensar, y mucho, sobre el futuro, en la rapidez del desarrollo de la tecnología, las técnicas, los procesos... Pero ahí va un anticipo. Sé que podréis con todo; ambos poseéis una capacidad de adaptación prodigiosa. Durante este tiempo, es improbable que otros estudios y modelos de robots alcancen similitudes con vuestras capacidades cerebrales programadas. Por ello, seguiréis siendo únicos. Y esto supone una gran ventaja para el proyecto.

»Refbe, fuiste diseñado, en su base, por PlusRobotic como un sistema doméstico que podía integrarse por completo en una casa gracias al denominado cubo. Pero en una sesión de mantenimiento descubrí algo muy novedoso: no era esa habitación, ese pequeño entorno, el que te

permitía la conexión total con otras máquinas y distintas tecnologías de la casa. Habían vinculado a tu red cerebral tal cantidad de microadaptadores inalámbricos para que no fallase nunca tu interconexión, que equivaldría a tener varios fundidos en uno solo. Eso era algo extraordinario, y yo pude profundizar en ello.

»Escucha: no necesitas conectarte físicamente a nada para enviar órdenes a otro dispositivo o recibir su respuesta. Esa conexión física es innecesaria. Tú puedes decodificar cualquier máquina que tengas cerca, enviar una orden y controlarla. La máquina receptora procesará tu señal y la cumplirá. Tardé años en entender todo esto, y cuando lo descubrí, supe por qué PlusRobotic nos buscaba con tal obsesión. ¿Por qué querían desmantelarte y aislarnos del mundo? Para destruirme a mí y silenciarme. Para desarmarte a ti y descubrir cómo se articula tu capacidad única desarrollada en el tiempo. Fuiste una sorpresa y un error prodigioso, lo más maravilloso hecho por la humanidad en siglos.

Crowl hizo otra pausa. Las palabras le pesaban.

»Para finalizar, un último consejo: debes conocerte mejor, ensayar, averiguar cómo eres y por qué. Elevar al máximo tu potencial respecto al resto de máquinas programables. Nadie conoce los límites de esta nueva cualidad tuya; todo depende de ti. Pero estás preparado, de eso no tengo la menor duda. Seguro que te sorprendiste al descubrir el pacificador neuronal. Lo terminé porque podía ser necesario, no porque crea en él. Úsalo solo cuando no quede otra salida; sería la mayor contradicción de todo lo que hemos construido. El modo de activarlo tiene que ver con esa nueva capacidad.

La grabación terminó con un tono de despedida, pero también de esperanza.

»Refbe, Eliza, ambos debéis ser responsables. Vivid con los humanos de igual a igual... Fin de la primera grabación.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por IBreiel